

EL DESPERTAR DE LA LINGÜÍSTICA Y LA FILOLOGÍA MESOAMERICANAS: SU SIGNIFICADO EN LA HISTORIA DE LA LINGÜÍSTICA

ASCENSIÓN H. DE LEÓN-PORTILLA

El año en que Antonio de Nebrija publicó su famosa *Gramática castellana*, que revolucionó la lingüística del renacimiento, un acontecimiento trascendente cambió la historia del hombre; me refiero al encuentro de un Orbe Nuevo, en el que existía un universo lingüístico inconmensurable. Nunca los gramáticos grecolatinos ni los lingüistas escolásticos medievales hubieran podido imaginar aquella riqueza y diversidad de lenguas, donde el relato de la torre de Babel se quedaba pequeño ante la tangible realidad. El propio Nebrija que, al redactar el "Prólogo" de su *Gramática castellana* definió a ésta como "lengua compañera del imperio", seguramente no imaginó que la lengua que él por primera vez acababa de reducir "debaxo de arte", se extendería por el Orbe recién descubierto. Menos aún pudo intuir que muchas de las lenguas de aquel nuevo universo vivirían para siempre, y que muy pronto serían codificadas con la ayuda de sus trabajos gramaticales y lexicográficos. Si hubiera imaginado el porvenir de las nuevas lenguas; si hubiera intuido que sus ideas lingüísticas servirían de puente de comprensión entre las lenguas amerindias y el español, quizá hubiera escrito en su famoso prólogo no ya sólo que la lengua sino que "las lenguas serían compañeras del imperio".

Para nuestra mirada, dueña de una visión retrospectiva de centurias, la codificación gramatical y léxica iniciada en el siglo XVI reviste un significado excepcional. Con ella se inició el estudio de las principales lenguas mesoamericanas y la salvaguardia de sus textos. Este hecho, marcó el inicio de un capítulo único en la historia de la lingüística, comparable al que por los mismos años se realizaba en la Europa del renacimiento. Veamos el despertar de este capítulo, puesto en marcha por un puñado de hombres que vinieron a construir la utopía de la fe y forjaron también la utopía de las lenguas.

Utopía de la fe, utopía de las lenguas

En 1523 se asentaron los primeros misioneros en la región central de México, decididos a ganar estas tierras para la cristiandad. En ese mismo año fray Pedro de Gante funda la primera escuela en Tezcooco y un año después en México. En 1524, llegaron los famosos “doce”, dispuestos a echar los cimientos de una nueva cristiandad immaculada. Venían ellos encendidos con una idea casi mística, la de hacer posible la utopía imaginada por el cisterciense Joaquín de Fiore, asimilada por el propio San Francisco y más tarde por fray Juan de Guadalupe, el guía espiritual de los doce. La esencia de la utopía era, construir el milenio con los nuevos conversos, edificar el reino en el que la pobreza y la caridad darían al Evangelio su verdadera dimensión y a los hombres, su sentido trascendente.¹ Después de los “doce” no dejaron de llegar “barcadas” de franciscanos, dominicos, agustinos, carmelitas y, muy entrado el siglo, de jesuitas.

Ahora bien la utopía de la fe se cimentaba en la evangelización, y ésta, a su vez, se sustentaba en la palabra. La palabra era el único camino para que el mensaje cristiano pudiera ser comunicado a los otros; la palabra y sólo la palabra penetraría en los corazones y en las conciencias. Fray Alonso de Molina lo expresa con sencillez en el “Prólogo” de su *Vocabulario* de 1555 cuando dice que “la piedad cristiana” se topa con la falta de la lengua para la conversión de los naturales, para gobernarlos, regirlos y hacerles “justicia”. Advierte además que la dependencia de los nahuatlatoles no resuelve el problema de la buena comunicación en asuntos tan importantes como son los del espíritu, porque dice él, “muchas veces, aunque el agua sea limpia y clara, los arcaduzes por donde passa, la haze turbia”. Tal vez con esta metáfora Molina quiso advertir a sus muchos lectores que era indispensable aprender lenguas.

Las consideraciones de fray Alonso son plenamente compartidas por fray Maturino Gilberti en su “Prólogo” al *Arte de la lengua de Michoacán*, 1558. Ambos autores muestran gran preocupación por el

¹ El milenarismo de los franciscanos es un tema apasionante. Entre los estudios que acerca de él se han hecho citaré tres: el primero, de José Antonio Maravall, lleva por título “La utopía político-religiosa de los franciscanos en la Nueva España”, *Estudios Americanos*, Sevilla, 1949, n. 2, p. 199-227. El segundo se debe a John Phelan, *El reino milenarista de los franciscanos en el Nuevo Mundo*, México, UNAM, 1972. El tercero, a Georges Baudot, *Utopía e historia en México. Los primeros cronistas de la civilización mexicana (1520-1569)*, Madrid, Espasa Calpe, 1983.

estado de desgracia que sobrevino a raíz de la confusión de hombres y lenguas según el relato de la torre de Babel. En cierta manera dejan ver que, sólo aprendiendo lenguas, el hombre podrá recuperar su natural don de entendimiento de la palabra universal; sólo así podrá romperse el castigo que sobrevino a la humanidad como consecuencia de la soberbia que anidó en el corazón de los que quisieron construir la torre bíblica.

El estudio de las lenguas adquiriría, desde esta perspectiva, un significado trascendente para el futuro del hombre ya que ayudaría a borrar el infame pecado de la soberbia, restableciendo la piedad cristiana y la comunicación de los hombres por medio de la palabra salvadora, el Evangelio de Cristo.

Estas reflexiones de Molina y Gilberti acerca de un estado paradisiaco del hombre, dueño de la palabra universal, encajaban muy bien en la tesis hebraista, tan en boga en el renacimiento. En tal contexto de creencias el estudio de las lenguas del Nuevo Mundo era de vital importancia ya que facilitaría la conversión de los pueblos americanos que, para muchos, no eran sino las tribus perdidas de Israel.

Cabe pensar que este sentir de Molina y Gilberti fuera compartido por todos aquellos que se involucraron a fondo en el estudio de las lenguas mesoamericanas, y en ellas redactaron gramáticas, vocabularios y libros religiosos.² En síntesis las dos tareas, la lingüística y la religiosa, quedaron hechas una, llena de sentido trascendente y utópico. La utopía de la fe y la utopía de las lenguas, juntas para siempre, hicieron posible que para fines de siglo los principales idiomas mesoamericanos contaran con artes y vocabularios comparables a los que en esos mismos años se elaboraban acerca de las principales lenguas europeas. Veamos como fue posible.

Humanismo renacentista y sabiduría mesoamericana

Además de la mística religiosa y del imperativo de aprender lenguas, los que llegaron venían inmersos en el humanismo renacentista que soplabla con fuerza en España desde el reinado de los Reyes Católicos. Los estudios de latinidad tenían una presencia viva en los programas universitarios y en los conventos de religiosos. Al mismo tiempo

² Fray Jerónimo de Mendieta, el primer gran cronista de la orden franciscana registra muchos nombres de hermanos menores interesados en las lenguas indígenas, en su *Historia Eclesiástica Indiana*, México, 1870 (publicación de Joaquín García Icazbalceta) libro cuarto, capítulo 44 y libro quinto, *passim*.

que las prensas de Salamanca y Alcalá editaban las primeras traducciones de los clásicos, las doctrinas de Erasmo de Rotterdam se difundían a través de los frecuentes tirajes de sus obras salidas de los talleres del complutense Miguel de Eguía. Entre los muchos lectores del humanista holandés en la España de principios del xvi hubo uno de especial calidad. Me refiero al primer arzobispo de México, fray Juan de Zumárraga, "lector empedernido de Erasmo", según dice Marcel Bataillon.³ En 1528 Zumárraga llegó a la Nueva España, con un grupo de hermanos menores y con las doctrinas y los libros del famoso humanista de Rotterdam.

Todas estas creencias e ideas que florecieron en el temprano renacimiento eran compartidas por muchos de los misioneros lingüistas. Además, los aires renovadores del humanismo, regidos por la actitud de apertura a todo lo humano, facilitaron la comprensión de las creaciones del México antiguo. Importa destacar la estimación que mostraron ellos por la educación que se daba en los *calmecac*, en particular por el valor del cultivo del lenguaje. Sabemos que en aquellas escuelas se estudiaba y transmitía el *tecpillahtolli*, el lenguaje noble, culto y refinado. Esto implicaba la enseñanza formal de la lengua en sí misma y como vínculo de cohesión del habla. Gracias a esta enseñanza fue posible la existencia de la tradición oral sistemática, la perduración de la palabra antigua, el *huehuetlahtolli*, y a la vez la renovación ininterrumpida de la lengua, a través de la creación individual plasmada en la poesía y la narración.

Las primeras escuelas de la Nueva España fueron centros donde se desarrolló una labor comunitaria. Maestros y alumnos aprendieron nuevas lenguas y formas de pensar. Es decir, hubo, por parte de los misioneros lingüistas, una actitud de aprovechar lo que traían y de asimilar lo que encontraron, de conjugar el humanismo europeo y la sabiduría mesoamericana. El resultado fue un diálogo abierto y profundo entre dos mundos culturales radicalmente diferentes.

Incipientes logros en las tareas lingüísticas

A pesar de esta actitud humanista de que venimos hablando, a pesar de la mística de la fe y con ella la de las lenguas, el acercamiento al nuevo universo lingüístico mesoamericano no fue fácil. En un mundo

³ Marcel Bataillon, *Erasmo y España*, México, Fondo de Cultura Económica, 1950, p. 825.

dislocado por la conquista, en medio de un orden roto, de guerras, pestes, hambres, encomiendas, abren los franciscanos las primeras escuelas. Fray Jerónimo de Mendieta en su *Historia eclesiástica indiana*, nos ha dejado un relato magistral de los primeros sufrimientos de los hermanos seráficos. Poco a poco y, jugando con los niños que tenían en sus escuelas, apuntando vocablo por vocablo, logran los frailes redactar las primeras reglas gramaticales y recopilar sencillos glosarios.

Este método simple pero eficaz dio pronto buenos frutos. Tanto Mendieta como Motolinía ponderan el ingenio y habilidad de los jóvenes indígenas: “deprendieron a leer brevemente así en romance como en latín, y de tirado y letra de mano”; dice Motolinía.⁴ Mendieta añade que “. . . comenzaron a escribir en su lengua y a entenderse y tratarse con cartas como nosotros . . . y se fueron haciendo muy grandes escribanos de todos letras, chicas y grandes, quebradas y góticas”.⁵

Esta afirmación de dos grandes cronistas, coincide plenamente con un documento de 1531 hallado recientemente en el Archivo de Indias por Francisco Morales.⁶ En él se recogen las respuestas de 38 testigos que declararon a favor del obispo Zumárraga para defenderlo de las acusaciones de la Primera Audiencia, en especial de Nuño Beltrán de Guzmán. Interesa en particular la respuesta a la pregunta número tres que versa sobre “si los relygiosos an trabajado de aprender la lengua de la tierra y han fecho arte en ella”: Aunque todos los interrogados testifican a favor, veintitrés de ellos dieron amplia información acerca de dos cuestiones: que los religiosos son “grandes lenguas que han fecho arte”, y que han preparado a muchos jóvenes. Entre los testigos había personajes muy conocidos como Juan de Ortega, primer alcalde de Tenochtitlan, el comendador Leonel de Cervantes y otros nombres importantes de la administración de la ciudad. Había también un grupo de religiosos, de los que cinco eran dominicos, entre los cuales estaban los famosos fray Domingo de Betanzos y fray Julián Garcés. Como ejemplo recordaré el testimonio de Leonel de Cervantes:

que este testigo a visto a los dichos religiosos el arte que an fecho para aprender la lengua . . . e que a visto que los dichos religiosos tienen

⁴ Fray Toribio de Benavente, Motolinía, *Historia de los indios de Nueva España* incluida en la *Colección de documentos para la historia de México*, publicada por Joaquín García Icazbalceta, México, Librería de José María Andrade, 1858, v. 1, p. 209.

⁵ Fray Jerónimo de Mendieta, *op. cit.*, p. 410.

⁶ Francisco Morales Valerio, “Los franciscanos y el primer Arte para el estudio de la lengua náhuatl”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1993, v. 23, p. 53-81.

en el monesterio desta cibdad de Mexico e este testigo los contó un dia quynientos e setenta mochachos... e ansy mysmo a visto mucho número dellos en las casas de Tezcuco e Cuernavaca e que este testigo a oydo decir que ansy los ay en las demás casas... e que algunos de ellos saben muy bien leer y escribir.⁷

El examen de este importante documento no deja dudas sobre el contexto lingüístico de 1531. En la naciente Nueva España los franciscanos disponían de bocetos de gramáticas del náhuatl y habían preparado a un buen número de jóvenes que podían leer y escribir en su lengua y en castellano. A la luz de estos hechos comprendemos que en fecha tan temprana como 1528 un habitante de Tlatelolco redactara un texto de profundo contenido histórico y de gran interés lingüístico. Me refiero al manuscrito conocido con el nombre de *Unos annales históricos de la nación mexicana*, en el que en la última parte se recoge el testimonio de la conquista desde la perspectiva tlatelolca.⁸ También podríamos aducir aquí, para perfilar el contexto lingüístico del que veníamos hablando, la existencia de otro temprano documento el *Códice de Cuetlaxcohuapan*, de 1531. En él los nuevos escribanos náhuas, como grupo, demandan ante fray Martín de Valencia y los señores de Tlaxcala, el pago que les pertenece por su trabajo.⁹

En resumen, al finalizar la primera década de vida de la Nueva España existía un ambiente propicio para que se produjera un despertar de tratados lingüísticos y filológicos en lengua náhuatl despertar que fue seguido muy de cerca por el de otras lenguas mesoamericanas. Fue así como cuajaron varias focos donde se lograron redactar artes y vocabularios que aún siguen vigentes; y, al mismo tiempo los primeros textos religiosos y etnográficos. Veamos brevemente cómo sucedió.

Los focos vanguardistas de la Nueva España

Las incipientes gramáticas y glosarios de los que nos habla Mendietta fueron los textos de apoyo para el centro de humanidades que los

⁷ *Ibid.*, p. 76.

⁸ Ha sido reproducido y publicado por Heinrich Berlin y Robert H. Barlow, México, Antigua Librería Robredo, 1948, xxiii + 128 p. + 5 láms. Existe edición en alemán con traducción a esta lengua hecha por Ernst Mengin, Berlín, Baessler Archiv, 1939, 168 p., ils.

⁹ Sobre el *Códice de Cuetlaxcohuapan* hay varias publicaciones. El estudio más reciente es el de Ascensión H. de León-Portilla, "El Códice de Cuextlaxcohuapan y los primeros escribanos nahuas" (en prensa). Fue presentado al *Segundo Simposio Internacional Códices y documentos sobre México*, 6-10, junio de 1994.

franciscanos abrieron en 1536 en Santa Cruz de Tlatelolco. Allí la orden seráfica entregó lo mejor de sí misma: misioneros humanistas convertidos en lingüistas dialogaron en tres lenguas, latín, náhuatl y castellano, con sus alumnos que pronto llegarían a ser maestros. Allí inició fray Andrés de Olmos su *Arte de la lengua mexicana*, terminada en Hueytlalpan en 1547.¹⁰ Allí compuso fray Alonso de Molina su *Vocabulario en la lengua mexicana y castellana*, impreso en 1555 y ampliado en una segunda edición en 1571. Ambas obras, el *Arte* y el *Vocabulario*, eran las primeras que se escribían en el Nuevo Mundo.¹¹

Cuando las gramáticas y glosarios sencillos culminaron en artes y diccionarios, las elementales doctrinas cristalizaron en verdaderos tratados religiosos. En ellos se recogió un aspecto sustancial de la lengua, el que expresa los conceptos de uno de los ámbitos más íntimos del pensamiento, el de lo divino, el de lo espiritual. Tlatelolco fue también en ésto el foco vanguardista. Allí se gestaron doctrinas para incipientes como la *Doctrina christiana* breve de Molina, 1546 y otras para proficientes como la de Gante, *Doctrina christiana en lengua mexicana*, 1553, verdadero manual del cristianismo. Allí se elaboró el primer confesionario del Nuevo Mundo, el *Confessionario mayor en lengua mexicana y castellana*, 1565, de fray Alonso de Molina, y ya, a fines de siglo, dos sustanciosos tratados sobre la casuística de la confesión, originales de fray Juan Bautista.¹² En Santa Cruz también se gestaron evangeliarios, epistolarios, libros de sermones, vidas de santos, autos sacramentales, la *Psalmodia* de Sahagún, 1585 y los *Coloquios de la paz y la tranquilidad cristiana* de fray Juan de Gaona, 1582, obra de profundo contenido teológico con toques de misticismo. Allí se escribió también una obra singular: los *Coloquios de los doce*, terminada por Sahagún y sus colaboradores en 1564 y publicada en 1986 por Miguel León-Portilla. En ellos se plasma el choque profundo de hombres y culturas radicalmente diferentes.

¹⁰ El *Arte* de Olmos no se imprimió hasta 1875. Esta primera impresión se debió al mexicanista francés Rémi Siméon. Pero en su tiempo corrió manuscrito por los conventos franciscanos. Prueba de ello es que han llegado hasta nosotros seis copias. Siméon le tituló *Grammaire de la langue nahuatl ou mexicaine* composée en 1547 et publiée avec notes, éclaircissements... etc. par..., Paris Imprimerie Nationale, 1875.

¹¹ Además de la *Gramática* de Olmos contamos con otras dos del siglo XVI. Una de ellas es el *Arte de la lengua mexicana y castellana* de fray Alonso de Molina, en México, por Pedro Ocharte, 1571 y la otra es el *Arte Mexicana* del jesuita Antonio del Rincón, en México, en casa de Pedro Balli, 1595.

¹² Para un panorama más completo de los impresos nahuas de este periodo, Vid. Ascensión H. de León-Portilla, *Tepuztlahcuilolli, Impresos en náhuatl*, México, UNAM, 1988, v. I, cap. I.

El feco vanguardista de Tlatelolco tuvo un paralelo en Michoacán, gracias a los trabajos de fray Maturino Gilberti. Este franciscano nacido en Toulouse realizó la magna tarea lingüística de codificar el purépecha a través de cuatro obras publicadas en dos años: *Arte de la lengua de Mechuacán* y *Thesoro espiritual en la lengua de Mechuacan*, 1558; *Vocabulario en lengua de Mechuacan* y *Didlogo de doctrina christiana en lengua de Mechuacán*, 1559 y aún tuvo tiempo para publicar en este mismo año una gramática latina para los estudiantes de Santa Cruz de Tlatelolco. No contento con estas grandes aportaciones, Gilberti publicó una última obra en lengua purépecha, el *Thesoro espiritual de pobres*, 1575. Su tarea fue continuada por su hermano de orden, Juan Bautista Bravo de Lagunas autor del *Arte y dictionario con otras obras en lengua michuacana*, 1574. Gilberti y Lagunas hicieron de Michoacán uno de los centros más brillantes en el panorama lingüístico del México del xvi.

En realidad este impulso en el estudio de las lenguas del centro de México tuvo un pronto y fuerte eco en otras regiones de la Nueva España. No es exagerado afirmar que para fines de siglo las principales lenguas mesoamericanas estaban debajo de arte. Sirva de ejemplo Oaxaca, donde los dominicos realizaron una inestimable tarea en la codificación de las principales lenguas de ese pequeño universo lingüístico. Allí destacó fray Pedro de Feria, quien con su *Doctrina christiana en lengua castellana y çapoteca*, 1567 abrió camino a fray Juan de Córdoba, autor del *Arte de la lengua zapoteca*, y del *Vocabulario en lengua çapoteca*, ambos de 1578. Otro tanto hizo fray Benito Fernández respecto del mixteco con sus dos doctrinas en esta lengua, una de 1567 y la otra de 1568. Su obra facilitó la labor de fray Antonio de los Reyes, quien redactó el *Arte de la lengua mixteca* 1593 y de fray Francisco de Alvarado, autor del *Vocabulario en lengua misteca* 1593. Una lengua más, la chuchona era puesta en la letra impresa gracias al esfuerzo de fray Bartolomé Roldán en su *Cartilla y doctrina christiana breve y compendiosa*, 1580.

Mientras, en el oriente de la Nueva España se avanzaba en la codificación de los idiomas huasteco y totonaco que Olmos había empezado hacia 1540. Frutos de estos esfuerzos fueron *La doctrina christiana en lengua huasteca*, 1548 del agustino fray Juan de Guevara y la más amplia de su hermano de orden fray Juan de la Cruz, *Doctrina christiana en la lengua guasteca con la lengua castellana*, 1571. Pocos años después, a principios del xvii, el clérigo Eugenio Romero compo-

nía el primer *Arte de la lengua totonaca* que ha llegado hasta nosotros.¹³

Yucatán fue otro foco vanguardista. Desde muy temprana fecha los franciscanos Luis de Villalpando y Diego de Landa comenzaron los trabajos lingüísticos que luego completó fray Antonio de Ciudad Real quien nos ha dejado su copioso *Diccionario de Motul*.¹⁴ A esta misma época, segunda mitad del xvi, corresponde la gran obra del dominico fray Domingo de Ara: el *Ars tzeldalica y el Vocabulario en lengua tzeldal según el orden de Copanabastla*.¹⁵ Además de estas lenguas, la quiché en la lejana Guatemala, contó pronto con un impreso, el *Catecismo y doctrina cristiana en idioma utlateco* del obispo Francisco Marroquin, 1556.

En resumen, en la segunda mitad del siglo xvi la chispa se había prendido y su luz aumentó sin cesar. A medida que la expansión misionera avanzaba eran elaboradas artes y vocabularios y, naturalmente, doctrinas cristianas en lenguas alejadas del corazón de la Nueva España. Prueba de ello es que a lo largo de los siglos xvi y xvii aparecieron en las prensas novohispanas gramáticas y diccionarios de lenguas extrañas, tenidas hasta entonces por "peregrinas y bárbaras".

Ahora bien este despertar de la lingüística fue simultáneo al de la filología, como lo muestran los tempranos escritos que han llegado hasta nosotros en varias lenguas mesoamericanas. De manera que las gramáticas y vocabularios, además de instrumentos codificadores de las lenguas, fueron las herramientas que abrieron el camino para la redacción de un universo de textos de toda índole, particularmente en náhuatl y maya. Frailes e informantes, cronistas e historiadores, escribanos indígenas a veces perdidos en pueblos lejanos, realizaron una tarea gigantesca, la de preservar la memoria del pasado y la de escribir el presente que les tocó vivir. Gracias a ellos tenemos crónicas tan tempranas como el ya citado *Manuscrito de 1528*; historias locales

¹³ Esta obra permaneció manuscrita por siglos. En 1980 Juan Lope Blanch publicó una edición facsimilar preparada por Norman McQuwn. El dictamen sobre el autor es de Miguel León-Portilla. Fue publicada por la UNAM, Instituto de Investigaciones Filológicas. Tiene la particularidad de que en ella se utiliza a veces como punto de referencia el náhuatl.

¹⁴ El *Diccionario* de Ciudad Real corrió manuscrito por mucho tiempo. La primera edición fue hecha por Juan Martínez Hernández en Mérida, 1930. Recientemente lo ha editado René Acuña con el título de *Calepino maya de Motul*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Filológicas, 1984, 2 v.

¹⁵ Las obras de Ara también corrieron manuscritas. Hoy contamos con la edición de Mario Ruz, *Vocabulario en lengua tzeldal según el orden de Copanabastla*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Filológicas, 1986.

tan atrayentes como los *Anales de Cuauhtitlan*, la *Leyenda de los Soles* o la *Historia tolteca chichimeca*. También nos han dejado una rica gama de códices, elaborados con escritura mixta (pictográfica y alfabética) como el *Códice de Tlatelolco* y el *Lienzo de Tlaxcala*. Podríamos traer también a la memoria los brillantes relatos literarios como el *Popol Vuh*, el *Rabinal Achí*, los *Cantares Mexicanos* o los *Romances de los señores de la Nueva España*, todos transcritos en el siglo XVI, es decir en el momento en que las lenguas entran, como decía el padre Garibay, “en la luminosa prisión del alfabeto”,¹⁶ prisión que es también la memoria del mundo.

Lenguas, lenguaje y pensamiento: tres aportaciones de la naciente lingüística

Tras este breve análisis del despetrar de la lingüística y la filología de las lenguas mesoamericanas, se impone una pregunta: ¿cuál es el significado de este cúmulo de artes y diccionarios que abrieron las puertas a la codificación de tantas lenguas y a la pronta escritura de sus textos? En un marco lingüístico amplio, el significado de estas artes y diccionarios puede ser valorado como una gran aportación en tres campos: el de la lingüística descriptiva, el de la lingüística general y el de la lingüística antropológica, es decir, el de la relación lengua-pensamiento.

Comencemos por la primera, la aportación a la lingüística descriptiva. En este campo cada una de las gramáticas y diccionarios es el fruto de un gran esfuerzo por penetrar y explicitar un nuevo idioma. El esfuerzo fue particularmente grande para los primeros gramáticos. Así lo dice Olmos en el “Prólogo al lector” de su ya citada *Arte*: “mayormente en cosa tan ardua como ésta que es poner cimiento sin cimiento de escritura en una tan estraña lengua y tan abundosa en su manera y intrincada”.

Molina advierte también de las dificultades de la empresa. “Es meter”, dice, “y se requiere saber el verdadero conocimiento y fuerza del vocablo e modo de hablar”.¹⁷ Pronto, el deseo de fray Alonso se

¹⁶ Angel María Garibay, *Historia de la literatura náhuatl*, México, Editorial Porrúa, 1953-1954, t. I, p. 15.

¹⁷ Fray Alonso de Molina, *Confessionario mayor en la lengua mexicana y castellana*. En México, en Casa de Antonio de Espinosa, 1569. Edición facsimilar con “Introducción” de Roberto Moreno de los Arcos, México, UNAM, 1984, “Epístola nuncupatoria”.

logró plenamente. Porque en verdad, en cada una de las gramáticas hay un acercamiento a las realizaciones fonológicas; a la naturaleza de las categorías gramaticales; a la sintaxis, o por mejor decir, composición; a la penetración en el étimo de las palabras; a las formas complejas propias de la estructura de las lenguas mesoamericanas tan diferente de las indoeuropeas. En resumen, cabe afirmar que la codificación de las nuevas lenguas significó un enriquecimiento de la lingüística descriptiva y un paso firme en la tarea de conocer y valorar la rica gama de la comunicación humana en el mundo.

La segunda aportación, es decir la relacionada con la lingüística general, con el lenguaje, es consecuencia de la primera. En efecto, al ahondar en la descripción de las lenguas, a veces los autores no pueden aplicar las categorías grecolatinas; es entonces cuando responden con "nuevas reglas y nuevo estilo", como decía Antonio del Rincón.¹⁸ Ello es visible cuando rompen con el concepto de declinación y presentan al sustantivo en íntimo juego con afijos indicadores de una amplia gama de relaciones.¹⁹ Otro tanto puede decirse del verbo, al cual explican dotado de función gramatical propia, articulado con diversas partes de la oración, y acompañado del pronombre y partículas que le pertenecen.²⁰

Muy perspicaces fueron esos protolingüistas al abordar el estudio de la sintaxis y percatarse del nuevo artificio gramatical. Prueba de ello es que olvidan la palabra clásica griega y explican el orden de la oración con el término ya citado de composición. Es más, descubren la nueva estructura de la palabra-frase y aplican una respuesta que mucho tiene que ver con el concepto moderno de morfosintaxis.

Otro ejemplo de innovación lo tenemos en la lexicografía. Cuando Molina escribe sus vocabularios y sus libros religiosos realiza un enorme esfuerzo en pro del purismo del náhuatl. Al trasvasar conceptos cristianos acuña neologismos, acepta términos religiosos prehispánicos con nueva carga semántica, compone perífrasis muy atinadas; todo ello con objeto de introducir el menor número posible de préstamos castellanos. De esta manera, sin atrapar la lengua en un corsé, la defiende

¹⁸ Antonio del Rincón, *Arte mexicana*, México, en casa de Pedro Balli, 1595. Edición facsimilar, Guadalajara, Edmundo Aviña Levy, editor, 1967, "Prólogo".

¹⁹ Esta ruptura está particularmente bien lograda en la gramática de fray Andrés de Olmos. Vale la pena recordar aquí que en esto, Olmos se adelantó a Cristóbal de Villalón, en su *Gramática castellana*, Amberes, 1558.

²⁰ Olmos en su *Arte* y Molina en su *Vocabulario* de 1555 develan la naturaleza del verbo náhuatl, tan diferente del latino y del castellano.

y la enriquece en un momento de peligro. Su forma de actuar como purista de una lengua es, en verdad, impecable.

Podrían aducirse otras muestras en las que aflora la fina percepción de los autores ante la naturaleza de las nuevas lenguas: así, la propiedad de la frasis, el *modus dicendi* como lo llama fray Maturino Gilberti; los matices dialectales, de los que tanto nos habla fray Antonio de los Reyes; las precisiones acerca de las diferentes hablas dentro de una misma lengua, es decir, las incipientes ideas sociolingüísticas. Y siempre, en todos ellos, está presente el gusto por la belleza del idioma que describen. Recordaré unos ejemplos referentes al náhuatl; Molina habla "del artificio y primor de sus metáforas"; Sahagún de "los primores de la lengua mexicana"; fray Juan Bautista la califica "de elegante, copiosa y abundante", y, Mendieta afirma que "no es menos galana y curiosa que la latina y aún más artizada en composición y derivación de vocablos y en metáforas".²¹ Este gusto por la belleza, además de ser un elemento importante para mejor perfilar los idiomas, es también un rasgo común en muchos escritores del renacimiento. Los misioneros lingüistas, consciente o inconscientemente participaron de este sentir y enriquecieron la corriente de los *laudes* a las lenguas vernáculos, corriente que tuvo su origen en Dante y que Erasmo cultivó y extendió.

En resumen, al hacer lingüística descriptiva, los gramáticos y lexicógrafos aportan muchas reflexiones propias del campo de la lingüística general; al ofrecer nuevas respuestas al estudio de las categorías grecolatinas, inventan nueva doctrina respecto de sus homólogos europeos; en una palabra, introducen innovaciones que enriquecen el saber lingüístico del siglo xvi. Es ésta una aportación grande a la teoría lingüística, al conocimiento del lenguaje como facultad del hombre para crear numerosas y diferentes lenguas.

La tercera gran aportación, de no menor importancia que las dos anteriores, es la tocante a la relación pensamiento-cultura, la que atañe al campo de la lingüística antropológica. Esta aportación, aunque está implícita a lo largo de la exposición gramatical, está bien explícita en los textos que los gramáticos adosaron a sus artes, como complemento para el conocimiento integral del idioma estudiado. En ellos, además de la

²¹ Estas valoraciones están registradas en Ascensión H. de León-Portilla, *Te-puztlahcuilolli*, t. 1, p. 28.

Acerca de los juicios de valor sobre las lenguas mesoamericanas, *Vid.* Ignacio Guzmán Betancourt, "Policía y barbarie de las lenguas indígenas de México, según la opinión de gramáticos e historiadores novohispanos", *Estudios de Cultura Náhuatl*, México, UNAM, 1991, v. 21, p. 179-218.

lengua, queda atrapada el habla, y con ella la cultura y el pensamiento de sus gentes.

Cuatro autores bastan para ejemplificar lo que venimos diciendo, aunque podrían recordarse otros más. El primero, fray Andrés de Olmos, quien termina su *Arte* con un capítulo “acerca de las maneras que tenían los viejos en sus pláticas antiguas”; en estas maneras están presentes las metáforas y toda clase de figuras sutiles del náhuatl. Además de este capítulo, Olmos adosa un *huehuetlahtolli*, probablemente el primero recogido por un misionero. Los *huehuetlahtolli*, es decir, la antigua palabra, son textos en los que se logra plasmar la belleza y la elegancia de la lengua con un estilo florido y hasta deslumbrante. En éste de Olmos, como en otros muchos, la vieja palabra se desliza a través del habla para mostrar el interior del hombre en los momentos trascendentes de su vida. Lengua y pensamiento se funden en un armonioso equilibrio gracias al habla.

Molina también complementa su *Arte* con un texto, en este caso su traducción del Padrenuestro comentada palabra por palabra. Y termina su libro con unas bellas consideraciones acerca de las dos formas de hablar del mexicano, la vulgar, propia de las gentes sencillas y poco refinadas, y la culta, hablada por personas ilustres y curiosas.

Otro ejemplo de este entendimiento entre lengua y cultura es el “Prólogo” de fray Antonio de los Reyes a su *Arte en lengua mixteca*. A diferencia de los prólogos de sus coetáneos, el de fray Antonio es un relato de contenido etnográfico. En él recoge la leyenda del árbol de Apoala y la creación y dispersión de los señores mixtecos. Narra también de paso la historia de cuicatecos y chuchones. Pero en realidad, todo este cuadro etnohistórico está diseñado para explicar las variantes lingüísticas del mixteco. De ellas hace una descripción clara y precisa con énfasis en la fonología, la frasis y el léxico. Historia y lengua forman un todo inseparable para fray Antonio; sus reflexiones son, sin duda, de gran valor para los estudiosos de esta lengua.

El cuarto de los autores escogidos es fray Juan de Córdoba. Al final de su *Arte de la lengua zapoteca* incluye “la quenta o calendario de los días, meses y año que tenyan los indios en su antigüedad”, importante para el conocimiento y correlación del calendario mesoamericano. Hasta tal punto es valioso el contenido del calendario que el mexicanista austriaco, Karl Anton Novotny, encontró en él un método para su lectura de los códices prehispánicos presentada en su clásico libro *Tlacuilloli*. Así lo afirma Miguel León-Portilla, quien al analizar las aportaciones de Novotny en el estudio de los códices señala que el

calendario de Córdoba “le proporcionó la dirección adoptada en una parte de sus comentarios y le abrió luces en la interpretación de los códices de la región que él llama “azteca-mixteca”.²²

Después del “kalendario”, fray Juan anexa unas páginas sobre costumbres, agüeros, ritos y sortilegios de los zapotecos. También ellas nos revelan mucho sobre la organización social y las tradiciones y creencias como pilares donde descansa el transcurrir cotidiano de este pueblo. Entre estas páginas son particularmente atractivas las dedicadas a explicar las causas por las que descasaban. No puedo dejar de recordar una de ellas: “cuando no conformaban en los nombres [de acuerdo con el calendario], porque para Rodrigo auia de ser Sancha y, para Gençalo, Urraca”.

Estos cuatro ejemplos son suficientes para mostrar cómo los misioneros lingüistas captaron la relación lengua y pensamiento. De una manera magistral lo expresó Juan Bautista Bravo de Lagunas en su ya citada *Arte y diccionario... en lengua michoacana*, 1574. En el “Prólogo al benévolo y pío lector”, escribe: “sirve pues la boz (la lengua), de ser vestidura del pensamiento; y la escritura sirve de cambio de la boz pronunciada”.²³ Esta reflexión de Lagunas contrasta, con una del famoso Ferdinand de Saussure. En el capítulo vi del *Curso de lingüística general*, al explicar Saussure las dificultades de la representación de la lengua por la escritura, concluye que “la escritura vela y empaña la vida de las lenguas: no es un vestido, es un disfraz”.²⁴ Ante semejante conclusión cabe pensar que si Saussure hubiera incluido entre sus ejemplos lenguas como el purépecha y hubiera leído el prólogo de Lagunas, puede que no hubiera optado por una conclusión tan negativa.

Reflexiones finales

Las tres aportaciones que acabamos de comentar en los campos de la lingüística descriptiva, la lingüística general y la lingüística antro-

²² Miguel León-Portilla, “Los códices: libros indígenas de México. Investigaciones recientes acerca de su interpretación y desciframiento”, *Ciencia y Desarrollo*, nueva época, México, CONACYT, 1994, v. xx, n. 117, p. 70.

²³ Juan Bautista Bravo de Lagunas, *Arte y diccionario con otras obras en lengua michuacana*, en México, en casa de Pedro Balli, 1574. Edición facsimilar con una Introducción de Benedict Warren, Morelia, Filmex Publicistas Editores, 1983, p. 25.

²⁴ Ferdinand de Saussure, *Curso de Lingüística general*. Traducción, prólogo y notas de Amado Alonso, sexta edición, Buenos Aires, Editorial Losada, 1967, p. 79.

pológica adquieren pleno significado si las miramos desde la perspectiva de un tiempo largo, y dentro de la historia de la lingüística. En este tiempo y espacio es posible deslindar tres momentos históricos en los que el despertar de la filología y la lingüística mesoamericanas y su posterior consolidación adquieren un interés universal.

Un primer momento es el tiempo en el que fueron elaboradas, es decir el siglo xvi, el renacimiento. Vistas en aquel momento el interés especial estriba no sólo en su calidad, como ya se ha mostrado, sino en su templanza, en su vanguardismo. Varias de estas artes fueron coetáneas o incluso anteriores a las de algunas lenguas vernáculas europeas. Sirva como ejemplo el *Arte* de Olmos, 1547, anterior a la publicada por Louis Meigret sobre la lengua francesa en 1550. El de Gilberti, de 1558, que precede a la primera gramática alemana de Alberto Oelinger 1573; y el de Córdoba sobre la lengua zapoteca, 1578, que se adelanta al de William Bullokar 1586, autor de la primera gramática de la lengua inglesa.

Otro tanto podría decirse de los vocabularios de Molina, 1555 y Gilberti, 1559; ambos entran en el torrente de la lexicografía universal en el momento mismo en que se estaban redactando los diccionarios europeos.²⁵ Estas obras de vanguardia, de gran valor en sí mismas, cobran un sentido pleno si las contemplamos en el rico contexto lingüístico de los tres siglos novohispanos. Sin exagerar puede afirmarse que aquí, en la Nueva España, se escribió un capítulo único en la historia de la lingüística moderna, sin parangón fuera de Europa.

Un segundo momento histórico en el que la lingüística mesoamericana adquiere un interés relevante es cuando a principios del siglo xix nace la lingüística moderna, representada por dos corrientes innovadoras, la comparada y la antropológica-filosófica. Recordemos que a fines del xviii varios estudiosos estaban preocupados por los orígenes de las naciones y las relaciones entre las lenguas. Nos interesa aquí destacar la obra de uno de ellos, Lorenzo Hervás y Panduro, jesuita español exiliado en Italia. En su exilio entró en contacto con otros compañeros venidos de América, expulsos como él. Tal presencia multiétnica resultó un fecundo estímulo que lo llevó a interesarse en lenguas y culturas poco conocidas en los ambientes académicos europeos. Pudo así redactar su monumental *Idea dell'Universo* que se publicó en Cesena entre 1778 y 1792 en 21 volúmenes. Poco después 1880-1884

²⁵ Datos y fechas de los primeros diccionarios europeos se pueden encontrar en Robert L. Collison, *A History of Foreign Language Dictionaries*, London, André Deutsch, 1982.

salía en Madrid una edición de los volúmenes relativos a las lenguas con el título de *Catálogo de las lenguas de las naciones conocidas*... En este universo diseñado por Hervás, cobran vida las lenguas indígenas de América; por vez primera son tratadas en un escenario universal. Entre ellas están las lenguas "matrices" de la Nueva España, y en lugar destacado, la mexicana. Hervás no hubiera podido profundizar en el estudio de la naturaleza y el parentesco de las lenguas de la Nueva España sin ayuda de las artes y vocabularios novohispanos y sin los preciosos datos que le proporcionaron sus hermanos de orden, como Miguel del Barco y Francisco Javier Clavijero.

De paso hay que recordar, que al mismo tiempo que Hervás concebía y redactaba su citada obra, un investigador inglés asentado en la India, Sir William Jones, descubría el parentesco entre el sánscrito, el latín, el griego y el antiguo germánico. En 1786 Jones presentó un informe a la Royal Asiatic Society donde mostraba su nueva teoría, punto de arranque de la lingüística indoeuropea comparada.

Los pasos dados por Hervás y Jones fueron seguidos por numerosos investigadores de Europa y de América que se ocuparon de estudiar las lenguas con el método de la lingüística comparada. Respecto de las lenguas mesoamericanas, los nuevos lingüistas las pusieron de moda. Mexicanos y europeos descubrieron, usaron y reeditaron las antiguas gramáticas que les abrieron camino en sus afanes comparatistas y les proporcionaron una base firme de lingüística descriptiva; con esta base pudieron avanzar en su tarea de delimitar y clasificar familias y troncos.²⁶

En cuanto a la segunda corriente mencionada, la antropológico-filosófica, vale la pena recordar la relación que con ella tuvo la lengua náhuatl. El origen y desarrollo de esta corriente ideada por Guillermo de Humboldt ha sido bien estudiado por los lingüistas modernos. Hay que resaltar que el famoso investigador alemán se interesó profundamente por la lengua mexicana y a ella le dedicó una gramática que permanece aún inédita. Eréndira Nansen, quien se ha ocupado de estudiarla, señala que las fuentes de las que se sirvió Humboldt fueron el *Vocabulario* de Molina y las gramáticas de fray Agustín de Vetancourt, 1673. Antonio de Vázquez Gastelu, 1689 y Carlos de Tapia Zenteno, 1753.²⁷

Pero el papel del mexicano en la obra de Humboldt no quedó ahí: la naturaleza del náhuatl fue precisamente la que le abrió luz

²⁶ En relación con estudio del náhuatl comparado con otras lenguas Vid. Ascensión H. de León-Portilla, *Tepuztlahcuilolli*, vol. I, cap. III.

²⁷ Eréndira Nansen, "Las lenguas americanas y la teoría del tipo lingüístico en Wilhelm von Humboldt", *Estudios de Cultura Náhuatl*, México, UNAM, 1992, v. 22, p. 223-233.

para distinguir un cuarto tipo de lenguas, al cual llamó "lenguas incorporantes". Esta lengua, afirma Eréndira Nansen, "le sirvió como modelo especial para explicar el fenómeno de la incorporación verbal como tipo lingüístico particular".²⁸ Es decir, Humboldt, como siglos antes Andrés de Olmos, percibió el artificio verbal tan peculiar del náhuatl construido con el verbo como núcleo, alrededor del cual se incorporan diversas partes de la oración. Tal aportación del lingüista alemán amplió el modelo tripartito de los hermanos Schlegel y enriqueció la doctrina acerca de la tipología de las lenguas.

Por último, podemos delimitar un tercer momento en el que cobra un significado especial el despertar que es objeto del presente estudio. Me refiero a nuestro siglo, a nuestro tiempo, en el que las lenguas de América son tema de múltiples estudios desde los numerosos "ismos" de la lingüística contemporánea. En este contexto, lo mismo que para los estudiosos del español Nebrija es de consulta obligada, para los investigadores de las lenguas mesoamericanas las gramáticas de los misioneros lingüistas son textos por los que hay que transitar. En ellas se palpa el esfuerzo y el logro para que las lenguas tuvieran "casa donde morar", refugio para defender y mantener su propiedad. Inclusive algunas de ellas, antes peregrinas, después con morada propia, se consolidaron como lenguas académicas al ser objeto de estudio en colegios y universidades. Este hecho favoreció su vitalidad, su continuidad histórica y sobre todo su intrínseca uniformidad, una uniformidad que era garantía de larga vida, como decía Nebrija.

Hoy día, el interés por las gramáticas sigue vivo. Con frecuencia se vuelven a publicar y algunas, como la de Molina, han sido traducidas al inglés.²⁹ Ante el renacer literario de estas lenguas y de sus hablantes, podemos considerar a aquellos lingüistas improvisados como los animadores de una empresa utópica de salvaguardia de lenguas. Sus gramáticas y vocabularios fueron y siguen siendo puentes de diálogo entre hombres y culturas.

²⁸ *Ibid.*, p. 224.

²⁹ Fray Alonso de Molina, *Grammar of the Mexican (Nahuatl) Language (1571)* by ... translated by Kenneth C. Hill, Ann Arbor, Michigan, University of Michigan, 1975, VIII + 100 p.

